

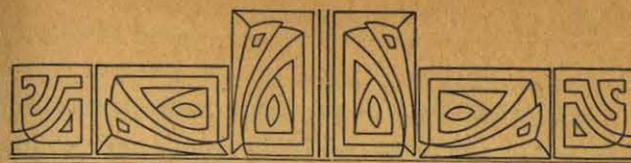
tes, exaltaban sobre todo al maquinista que, oyéndolas, se olvidaba de la locomotora y se empeñaba en que «el buen señor alegre» aceptara un vaso de aguardiente y un pitillo que sus gruesos dedos, brillantes y ennegrecidos con el carbón, acababan de arrollar ágilmente.

Socialista catalán, de Barcelona, el tal maquinista predicaba en vano á los aldeanos andaluces en cada uno de sus viajes, y persuadido de que la felicidad para todos iba á llegar en breve con la implantación de las nuevas ideas, este excelente hombre abandonaba su obligación para dedicarse á disertar. Alrededor de él jóvenes y viejos reían, juzgándole un poco desequilibrado, pero lleno de loables utopías. A Ignacio le hizo el efecto de un profeta incomprendido, perdido entre las palabras técnicas y vacías aprendidas de otros oradores en la gran ciudad.

—Pregúntale cuándo partimos... ¡Dile que tendríamos que estar en Bobadilla á las dos!...—indicó Francisco desde la ventanilla, en tanto que junto á él, detrás del cristal, aparecía la figura alegre y fisgona de Juana.

—¡Señorita, señorita, agua, al agua, una peseta!—gritaban las aguadoras, mezclando la oferta á la demanda, alzando sus botijos de vivos colores.

Por fin, había que pensar en las cosas serias, y llegaba el momento de partir. Los hombres estrechaban las manos á Ignacio y al maquinista; este enviaba besos á las mujeres; el jefe de la estación agitaba su gorra; los mozos de mulas sacudían sus látigos, y las bestias movían las orejas. El tren se ponía en marcha á través del campo encendido y sublime, sin agua ni ramajes, semejante al plano de un campo de batalla hecho de relieve, y en el cual los insectos *siseaban* de calor.



CAPITULO IV

A través del fuego

(Continuación)

—Evidentemente no hay nadie más que nosotros dos—dijo Juana riendo—capáz de salir á las tres de la tarde en el mes de Agosto por las calles de Córdoba la ardiente... Venga V. cerca de mí, que le resguardaré del sol.

Ignacio estaba adormilado, entorpecido, y desde hacía unos minutos no pensaba más que en huir de aquel sol abrasador que caía sobre su nuca. La voz y la risa de Juana le avivaron. Ahora se preguntaba qué vago lazo de amistad, qué vago cariño hacia su país le retenía así, lejos de París, bajo el fuego de la canícula española, en contacto con Francisco, por quien casi nada le importaba ya, y con aquella mujer, bonita, pero que le era indiferente, y con Darnot, á quien despreciaba.

—Usted confesará que están insoportables con sus cifras y sus cálculos—indicó Juana refiriéndose á su amante y al secretario, de quienes antes había hablado—Francisco se imagina que vá á ganar una fortuna en esas minas de oro, y Marcos le anima estúpidamente... Yo, por supuesto, desprecio el dinero cuando tengo el amor. El dinero es una cosa secundaria, y nunca debe considerársele como esencial... ¡Oh, vamos á mirarnos un poco en este espejo! ¡De verdad que estamos elegantes!

Se aproximaron al escaparate de una pastelería que hacía ángulo en una plaza pequeña. El espejo les mostró una Juana rubia, que se agitaba dentro de su vestido de piqué blanco, que se saludaba á sí misma con una reverencia, y un Ignacio largo, delgado y descuidado, cuyos ojos brillaban más que nunca.

—Parecemos dos personajes de un drama de Calderón—indicó el pintor—pero si se me condenara á estar aquí toda la vida como ese negrito de cabeza de calabaza ¡qué contento estaría yo!...

Y mostraba á Juana un mónstruo hidrocéfalo, de cara estrecha y arrugada, que avanzaba hácia ellos con la mano tendida. Detrás de él se veía la calle angosta, con el suelo empedrado, retorciéndose entre casas de matices claros, pálidos, amarillentos, color rosa lavado. Un fresco imprevisto venía de los patios húmedos y de las plantas verdes.

—Usted debía pintar esto; todos los días á esta hora podría venir, y yo le acompañaría. No le molestaría, soy callada cuando hace falta.

Hubiera deseado Juana en estos momentos que aquel su adversario estuviera profundamente ena-

morado de ella. Su emoción y su curiosidad la llevaban siempre, sin cesar, de uno á otro apetito, y esto la hacía mala, ruin.

—Decididamente—dijo cuando menos podía esperarlo Francisco—María no tiene gusto si no dá á V. su preferencia sobre aquel embadurnador Saverne.

Esta frase atrevida fué lanzada así, rápidamente, por una boca delgada y sinuosa. Salientés, que era una especialidad en las falsas distracciones, aparentó no haberla entendido. Pero una carta recibida por la mañana y que todavía no había podido abrir, le abrasaba el corazón desde el bolsillo en que la guardaba.

Durante algunos minutos continuaron silenciosos, descendiendo por las calles sombrías, desde las que se oían los ruidos de las fuentes de los patios. Ambos se hallaban entre descontentos y rencorosos. Ni la más pequeña parte del instinto de Juana escapaba á la perspicacia de Ignacio, y ella seguía instintivamente el pensamiento de éste, á quien llamaba el «Embajador». Así, fuertemente irritados ambos, estaban muy cerca uno de otro.

Llegaron á la calle de Miguel Saavedra, que es todavía más aristocrática y más estrecha que las anteriormente recorridas, y se detuvieron á mirar por las abiertas ventanas de una escuela desierta, una mesa redonda y suavizada por el uso, varios pupitres, una imágen de la Virgen, un crucifijo, un ramo de flores.

—¡Dichosos niños, los que se educan aquí en la adoración á Dios y el respeto á la tradición! ¡Si hubiera habido esto para mí!...—exclamó Juana; y sus palabras hicieron decir á Ignacio mentalmente, un poco compadecido:

—Es verdad, es una bohemia perdida por una madre loca y por las costumbres del gran París... Hay que ser indulgente con sus extravíos.

Ella terminó su pensamiento en esta forma:

—Todo el esfuerzo de la educación debe consistir en sujetar, en retardar cuanto sea posible los malos impulsos. Yo lo sé hoy, demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde—replicó el pintor con su tranquila fé de católico—la oración produce siempre, siempre, el mismo resultado, ahuyenta los demonios.

—¿Usted reza aún, Ignacio?

—Por la mañana y por la noche, querida señora, me pongo en relación con lo Infinito, para que el peso de las cosas mezquinas no me convierta en bestia.

Juana movió la cabeza de un lado á otro y dijo:

—Después de todo, eso está bien. Hay como una virtud secreta en todas las costumbres que vienen de antiguo.

En seguida, pasando de lo grave á lo frívolo, con una indiferencia muy particular añadió:

—Hemos aquí delante de la mezquita. ¿Quiéreme esperar algunos minutos mientras telegrafío á mamá y hago una ó dos compras? Yo me uniré después otra vez á V. en el banco que hay al pié del gran reloj.

Desapareció corriendo como una cabra. Ignacio entró al patio de los naranjos.

La mitad de este vasto lugar plantado de árboles, parecía un horno, pero la otra mitad, á lo largo del muro de la catedral, se hallaba fresca como un pozo. Los porteros dormían detrás de las puertas en actitudes cadavéricas, y grandes moscas revoloteaban sobre ellos.

teaban sobre ellos. Esta calma de cuadro, parecía también una escena de matanzas representada al sol.

Ignacio se sentó, limpió su hermosa frente, sobre la cual caían sus cabellos negros, que empezaban á encanecer, sacó la carta de María, la besó y empezó á leerla con atención, lentamente, sugutando su impaciencia, como si saboreara una bebida fresca que poco á poco se tornara levemente amarga.

«Mi querido amigo:

»Comprendo todas sus razones, y le agradezco la paciencia con que defiende mis intereses en un medio en que todo me es hostil, y que tanto debo agradecer á V. Me doy cuenta igualmente, á pesar de la distancia, del dominio de esa joven en el carácter irresoluto de Francisco, y me resigno ante lo inevitable: acepto la idea del divorcio.

»Pero estoy triste, espantosamente triste. ¿Qué me resta ya en la existencia, aparte de V., que no ha de estar siempre cerca de mí? ¡Mi madre!... Hace tiempo que me es tan perfectamente insoportable, que huyo de ella por no gritarla salvajemente lo que pienso de sus actitudes, de la conducta teatral y ficticia de su vida. ¿Por qué no se asociará al padre de Francisco para saciar su gusto por lo novelesco en los dramas?... Ursneur... no es de mi generación. Al cabo de algunos minutos de conversación con él, bostezo cansada de sus narraciones de la edad de oro... La porquería de los Charamol, de Mina, de Gustavo, de Roberto... sus aspectos oscuros de explotadores disimulados, me los han hecho odiosos... Mariana Froncín es una

bribona que engaña á un buen hombre. En suma, hacia cualquiera parte que miro no veo más que falsedad y mentira.

»Siguiendo los consejos de V. he hecho ensayos de trabajar. He pasado días enteros sentada á mi mesa, ante una hoja de papel blanco, dibujando arabescos, hasta que las lágrimas empezaban á caer revelándome mi falta de genio, mi falta de aptitudes para la poesía. En los libros en prosa ó en verso, sólo busco alusiones á mi caso particular. Los teatros, para el dolor verdadero, no son más que un derivativo.

»Así, amigo mío, me revuelvo entre los pliegues de mi memoria, con mil proyectos irrealizables, como se revuelve uno entre las mantas del lecho en momentos de insomnio y de fiebre. No puedo encontrar ninguna posición que me permita adormecerme. Y el tiempo pasa, y la vejez vendrá sin que mi vida se haya aclarado.

»¡Ah, si yo osara hablar á V. una vez con el corazón en la mano y con toda ternura! Pero siempre temo causarle pena y desvanecer lo que en V. reste de afecto hacia su amiga. Tengo miedo de mostrarme á V. tal como soy. ¿Nó me anima V. á la franqueza? ¡Me haría tanto bien confesarme á un alma limpia y perspicaz como la suya!...

»No se apresure para volver. Estoy bien guardada, se lo juro, por mis penas y mis recuerdos. No tema V., sobre todo, que una prolongación de su estancia ahí, me haga dudar de su amistad. Sé que me es V. fraternalmente, totalmente devoto. Esta certidumbre es, precisamente, la que me turba, la que me impide en su presencia mostrarme tal como soy.

»Hasta la vista. Olvide Vd. un poco á su ruin

MARIA.»

«Deseo que no haya discusión alguna entre V. y Francisco por cuestión de intereses. Cedo por anticipado á cualquier detalle de esa índole. No deseo más que tres ó cuatro pequeños objetos, cuya lista tiene V. y que me son preciosos por diversos títulos. Por lo demás, que él obre como le convenga. No me gustaría vivir ante la visión constante de mi felicidad perdida, evocada por cuanto me rodeara. Ya he advertido de esto á mi madre, y está conforme, aunque no sin haber mostrado alguna resistencia, porque su filantropía idealista no la quita de ser terrestremente la práctica directora del *Nuevo París*.»

—¡No me ama!—se dijo Ignacio cuando terminó la lectura. Y se sintió infinitamente triste. El patio, los naranjos, las bóvedas arqueadas de la mezquita, la bella luz, el son de las campanas, todo tuvo para él en aquel instante un aspecto fúnebre, de devastación. Después la sospecha celosa que le inspiró la última frase: «Olvide V. un poco...» se personificó en Saverne, y el odio le invadió. Evidentemente María sufría por un motivo que no confesaba. El abandono oficial servía de pretexto á una angustia íntima y misteriosa. Y la hipocresía femenina se le apareció como más compleja y de perspectiva más refinada aún, que la arquitectura árabe.

—La soledad no conviene á Vd., amigo mío... ¿En qué pensaba, tan lloroso?

Juana intempestivamente se interponía así en-

tre su sueño y él. El español tuvo un segundo de real adivinación. Superpuso estas dos figuras de mujeres al parecer tan distintas, y analizándolas halló en ellas un rasgo moral común: el materialismo. Eran las hijas de un siglo podrido por las interpretaciones bajas y la glorificación del deseo. Ambas se zambullían en una misma atmósfera de liviandad, de sensualidad y de corrupción.

—¡Cuando acabará Vd. de inspeccionar mi *toilette!* Si el piqué blanco no le gusta, tengo un vestido de muselina azul que hará buen efecto sobre el fondo de esas viejas piedras doradas...

Se había aproximado á él de tal modo que sus piernas se tocaban, y le sonreía, pero sus ojos de náyade tenían una expresión audáz y tierna al mismo tiempo. Luego paseó sobre la espalda del pintor su pequeña mano errante y temblorosa, que parecía buscar un camino que la llevara al corazón.

—¿Cómo es que V. tiene tanta amistad con Francisco—le preguntó—no habiendo entre los caracteres de los dos nada de común ó que los complete? El es perezoso: V., activo y laborioso. Él no cree en nada: V. tiene fé. Él es imprudente: V. se guarda de todo.... Sí, de todo, hasta de mí, que si V. quisiera sería su amiga... Confiese usted que yo le parezco ya menos diabólica de lo que le contaba María... Vamos, no lo niegue, sea sincero.

—María no me ha dicho jamás nada que me dejara creer....—empezó Ignacio, pero Juana no le dejó terminar, le puso los dedos en la boca y le dijo:

—La mentira es un gran pecado, y..., al fin,

esto no tiene importancia. Dentro de pocos días usted estará otra vez en París y hará una relación indulgente de lo que ha visto. Después no nos veremos ya nunca, nunca....

—¡Cómo arregla V. el porvenir!...

—Pero dentro de algunos años, una noche que esté usted al lado del fuego, en una habitación que yo veo ahora muy bien con el pensamiento, los muros de la mezquita se alzarán ante V. y la silueta de una pequeña señora que no le quiere nada mal...

—¡Vaya,—gritó una voz descontenta,—hace una hora que ando buscando á ustedes!—Y Darnot apareció por una puerta del patio. Se veían en su cara plana y lívida, señales de celos.

—¿Debo yo prevenirle cuando me ausento?—preguntó Juana con cierta alteración.

—No, á mí me es igual, pero Francisco temía que hubiera ocurrido á V. algo.

—Tranquílcese V., amigo, estamos intactos. Por otra parte, si V. ha de conservar ese aire de pedagogo irritado, yo caeré sériamente enferma.

—En ese caso dejo á ustedes y me vuelvo al hotel...

El secretario, furioso, iba á hacerlo, pero Sallentés le detuvo cogiéndole de una manga.

—No se incomode V., querido. Hace demasiado buen tiempo para enfadarse. Acompáñenos antes á la orilla del río, allí, detrás de ese monumento. Yo le prometo en recompensa un golpe de vista soberbio...

Como después de esta exhortación ya empezó Darnot á mover la cabeza aparentando bondad y complacencia, Juana hizo una mueca de cólera

despreciativa. Ignacio la advirtió y sintió miedo de aquella mujer.

—Este trío traerá su drama—se dijo:—María va á ser pronto vengada.

Y tal impresión, puramente física, no hizo más que arraigarse durante el largo paseo que dieron al día siguiente. Como Francisco seguía febrilmente las noticias que le daban de las primeras operaciones que acerca de las minas de oro debía efectuar el judío en Granada, y Darnot daba ya por seguros sus fabulosos beneficios, á fin de entretener la impaciencia, se resolvió hacer una excursión á la montaña.

Los cuatro viajeros partieron después de almorzar, en una antigua victoria forrada de blanco. A pesar del calor y del polvo, la primera parte del trayecto fué alegre y cordial. Darnot iba frente á Juana, é Ignacio delante de Francisco. Cambiaban todos sus impresiones, cantaban, reían, estaban contentos de vivir.

Cuando las primeras señales del crepúsculo iban apareciendo, llegaron á la pequeña capilla de Santo Domingo, que guarda en sus muros espesos y frescos, algunos cuadros ennegrecidos, esculturas de madera y viejos dorados.

Allí se detuvieron. Rodearon el edificio y llegaron á una esplanada que dominaba un valle profundo, verde en medio del ardor del verano. El sol se sumergía por etapas detrás de las finas crestas de las sierras, que quedaban sombrías. Hubo unos momentos de pausa, de silencio repentino y de estupor, como si todo el paisaje escapase al correr de las horas y permaneciese fijo en un punto del tiempo.

Después, poco á poco, un vapor rojo incandescente se elevó hacia el cielo gris y azul. Afectaba una forma redonda perfecta, y se iba extendiendo por ondas rítmicas, proyectando á lo lejos una gran claridad. Los árboles del flanco de la montaña, los olivos, las palas de las higueras de Berbería, se destacaban en pleno relieve, como recortados sobre el fondo de llama y de púrpura. Una canción salió de la calma del valle evocada de bajo en alto por aquella condensación de la luz. La campana del santuario tocaba con solemnidad.

—De rodillas, sería como habría que admirar esto —murmuró Ignacio. Sin embargo, él continuó de pié como los otros y Juana se fué aproximando á él, que era quien sentía más vivamente.

La esfera luminosa se extendía invadiendo el llano de Córdoba. Después aumentaba en dimensión, y á poco sus reflejos se hacían intensos. La forma de la ciudad, de sus casas, de las torres de sus iglesias, era bañada por una bruma de oro. El viento que comenzaba á refrescar la cruzaba de soplos de sombras rápidos y grises como grandes pájaros.

Una lugareña gruesa y ágil, se aproximó á los viajeros audazmente. Llevaba un cesto colgado de un brazo. En su cara llena de pliegues y amarillenta, cara de bohemia, reían dos ojillos negros y ávidos. Tartamudeó varias palabras entre las cuales se entendía la voz «fortuna», é Ignacio comprendió que les ofrecía echarles la buena ventura.

Juana le tendió la mano, y la otra empezó á hacer predicciones en un idioma mitad gitano, mitad andalúz, que sólo el pintor entendía. Primero anunciaba ruina y miseria; después dijo una larga série

de cosas, que medio prometían algunas raras bienandanzas. Alrededor de su cabeza la brisa sacudía los mechones de sus cabellos negros y aceitosos. En sus ojos se advertía la alegría, en tanto que sus labios predecían desastres. Andrajosa y miserable, plantada sobre sus fuertes piernas ante la magnificencia celeste, la adivinadora impresionaba.

—¿Qué dice?—preguntó Juana.

—Necedades—respondió Ignacio, y sacando del bolsillo un puñado de dinero lo echó en el cesto de la gitana, que marchó inmediatamente. Francisco declaró que él no tenía ninguna superstición. Juana dijo que todos los hechiceros mentían. Y Darnot se contentó con alzar las espaldas.

Entonces Salientés, que temía la suerte, por que tenía un alma mística, provocado por aquellos descreídos tomó la palabra, y elocuentemente, en medio de su incorrección para expresarse, habló largo rato en la noche que avanzaba apagando el fuego del sol poniente. Era sensible el pintor ante la naturaleza, y con metáforas inspiradas en ella misma, lamentaba la ignorancia total en que andamos errantes, orgullosos de algunos vanos conocimientos, de algunos regalos del azar, indebidamente llamados descubrimientos. Mostró la creencia arraigada en el corazón del hombre, tomando la forma artística en Aubryet, el dramaturgo, y en Verneuil, el ollero; la forma humanitaria en Ursneur; la forma amorosa en Francisco.

Su inspiración familiar y apresurada no era la de un predicador. Echaba mano, casi sin escojerlos, de los ejemplos más conmovedores, pero también más inmediatos, que hallaba, sustentada por el mágico espectáculo presente. Ni las falsas risas

de Darnot, ni el cansancio evidente de su amigo le desanimaban, y hablaba, hablaba, la cabeza descubierta, el sombrero en la mano, como si saludara á una divinidad invisible.

Cuando se calló, después de un chiste, según su manera idealista y humorística, comprendió que Juana le admiraba, y al marchar juntos hacia el coche, delante de los otros dos, ella le hizo melancólicamente esta confesión:

—¡Es una lástima que ame V. á otra!

Ignacio en la obscuridad hizo un gesto vago, que eludía la declaración, una pequeña sonrisa de inteligencia, y no respondió. En el mismo instante Juana le detestó y ansió su marcha.

Una noticia desastrosa les aguardaba en el hotel. En un lacónico telégrama se les comunicaba la pérdida de los valores mineros de Granada, la disolución de la Sociedad y la huída del Administrador.

—¡Ah, el canalla; ya dudaba yo de aquella gente!—exclamó Juana.

—¡Esto es imposible!—tartamudeó Francisco, y pálido de furor se volvió hacia Darnot, á quien hacia responsable de este desastre. El secretario respondió flemáticamente:

—La cosa es más grave de lo que tú crees. Confíando en la operación había aventurado cuatro mil francos más de lo convenido, sin advertírtelo.

—¡Tú eres un miserable, no tenías derecho....—y el joven perdiendo toda calma avanzó amenazante hacia Marcos, como si le fuera á abofetear.

Esta escena tuvo lugar en el vestíbulo, ante los camareros maliciosos y la cajera sorprendida. Juana se llevó tras sí á su amante. Darnot miró el reloj murmurando:

—Voy á cojer mi sacco y me marchó. Mañana á la mañana estaré en Granada. Estas cosas se aprecian mejor de cerca.

No parecía muy turbado por la violencia de su amigo, é Ignacio sospechó que bien pudiera ocurrir que el individuo aquél fingiera mayor la pérdida, para aprovechar él la diferencia.

No hacía cinco minutos que el español se había retirado á su cuarto, cuando fué Francisco á donde él. La cólera había cambiado la cara del amante de Juana. Sus ojos eran ahora duros y fríos. Sus labios temblaban. Había en todo él ciertas señales de decisión que dieron algunas esperanzas al pintor.

—¡Esto es demasiado! ¡Yo no puedo más!... Aconséjame tu. Este Marcos es un ladrón, y yo sospecho que alguien se entiende con él para robarme... ¡Figúrate tú que viene *ella* ahora á tratarme de imbécil é incapaz, por todo consuelo!

—Habla más bajo; las paredes son delgadas.... Siéntate y hablemos sériamente, reposadamente—díjole Ignacio. Pero Aubryet no estaba dispuesto á moderar su voz ni á estarse parado. Paseaba por el cuarto, desde la cama á la ventana, bufando de rabia y agitando nervioso la cadena de oro de su reloj. El odio le ahogaba. Las palabras brotaban de sus labios en un tartamudeo tumultuoso.

—Fué ella quien me impuso, quien me exigió que le trajéramos con nosotros... yo no quería; le encontraba de mal aspecto, me parecía un trapacero... Pero Juana tanto me porfió, que accedí y le confíé nuestro dinero, mi dinero.. ¿Adivinas cuánto le he dado cada mes á este animal por su trabajo ilusorio, que no ha hecho? ¡Quinientos

francos!... Si, querido. El tener ese tipo entre nosotros me costaba quinientos francos mensuales... ¡Ah, marchó á Granada!... Ha hecho bien. Yo le hubiera puesto un pié, si no, en alguna parte de su cuerpo. ¡Y si no fuera más que un estafador!.. Pero es también un corruptor. Tiene sobre ella una influencia deplorable. La arrastra á su medio, al de su madre, á todo aquello de que yo quiero separarla. Yo he roto todas mis ligaduras, pero ella no renuncia ni á aquella vieja Sofía Verneuil, ni á este canalla de Darnot... Yo he abandonado á mi mujer, la he traído á ella aquí para estar libres, por tener cerca de mí un ser todo mío, sin resabios ni prejuicios de familia, y mira como vengo á ser prisionero de un sinvergüenza que me arruina, que me engaña y que se burla de mí...

Ignacio se guardaba bien de interrumpir una confesión que le ponía al corriente de los pensamientos secretos del desgraciado, pues no se inventan instantáneamente tales agravios. Bastante hablador por naturaleza, Francisco acumulaba las observaciones y las causas de descontento, descargándose así de lo que le había hecho sufrir durante varias semanas. Era débil, no ciego. Su pereza se extendía hasta su facultad de protestar. Era de esos que huyen de la evidencia, hasta que esta se les impone. El miedo á la verdad, que en su padre se traducía en deformaciones teatrales, tomaba en él la figura de la inercia.

—Tu no adivinarías nunca lo que hemos gastado desde que salimos de París... ¡Veinte mil francos en dos meses, sin compras extraordinarias, sin adquisiciones de importancia, nada más en lo corrientel... Y aún no les parecía suficiente á Juana

y á Marcos, y han hecho venir de allá á ese par de mascarones, Victor y Lucía, á quienes tú encontraste en el tren. De suerte, que ahora ya estoy cogido entre sus redes, y soy su juguete, si tu no me sacas de ellas.

—Yo te sacaré,—afirmó el cándido Ignacio, á quien una inmensa alegría inundó el corazón. En el momento en que él más desesperaba ya, en que el porvenir del marido le parecía entregado á una bonita gorróna, y el de la mujer á merced del malvado Saverne, un acontecimiento imprevisto le reanimaba y despertaba en él deseos nuevos de seguir trabajando por la buena causa. Poco le importaba que las probabilidades de éxito deshicieran el plan que hubiera formado antes, trocando una unión legítima con María, en que acaso hubiera pensado, por una simple amistad. La posibilidad de la dicha ajena, renaciendo sobre tantas ruínas, le satisfacía y le indemnizaba de los propios sacrificios.

—¿Tú estás cansado de toda esta gentuza?—preguntó á Francisco deteniéndole en sus paseos de león enjaulado, y mirándole fijamente á los ojos.

—¡Oh, si, mil veces sí!...

—¿Estás decidido á seguirme?

—Si lo estoy.

—En ese caso esta misma noche, sin que mires hacia atrás, sin reflexionar, sin piedad ni remordimientos, marcharemos... Ella tiene dinero... es bella... es joven... Sabe lo que tiene que hacer. Pero si tienes con ella la menor explicación, todo se acazó... te quedarás aquí.

Aubryet parecía pensarlo. Era de noche cuando se desarrollaba esta escena, y se hallaba la habitación á obscuras, sin que á ninguno de los dos se

le ocurriera dar luz. El amante desilusionado, apoyado en una silla, parecía la silueta del dolor meditabundo, y enterneció á su amigo profundamente. La resolución entraba en él, en Francisco, con la necesidad de la acción inmediata, y le arrancó esta palabra: «Mañana»... que es la confesión de todos los impotentes, de todos los vacilantes, de todos los volubles.

—Mañana tus disposiciones habrán cambiado y tú no serás el mismo que ahora... Mañana habrá vuelto Darnot y ellos dos te vencerán.

—Tú me crees demasiado débil.

—Te creo oprimido por esa doble influencia, y capaz de la evasión si Juana lucha sola contra mí por retenerte... Con que... vamos.. se pasa la hora, obedéceme...

—Mañana—repitió Francisco echándose en un sofá, cogiendo la cabeza entre las manos y llorando como un niño.

Juana sospechaba lo que ocurría, pero por táctica no se movió de su habitación, confiando en que su esclavo, agotada su ira, iría á donde ella más dócil que nunca. Tuvo sin embargo, una sorpresa cuando á la hora de comer no le vió presentarse, y se preguntó alarmada.

—¿Será esto serio? ¿Ese diablo de español recuperará su imperio sobre él?

Luego salió al pasillo, desierto entonces, y llegó sobre las puntas de los pies hasta la puerta del cuarto de Ignacio. Escuchó y sólo algunos suspiros llegaron á sus oídos.

—Esto es bueno—pensó—La crisis no es peligrosa. No hay más que dejarla pasar—Y volviéndose á su habitación con las mismas precauciones con que había salido, se hizo servir allí su cena.

Ignacio aquella noche durmió mal. Francisco le había declarado bajo juramento que no volvería á donde Juana, que la escribiría dos letras de despedida y se negaría á escucharla. Pero el pintor creía que haría todo lo contrario, que acaso á la hora presente estaría ya con ella. Sin embargo, también admitía como posible que la escena se representara segunda vez, que Juana demasiado confiada en su poder traspasara los límites de la prudencia y se mostrara tal como era á su amante, cínica y aventurera, en un acceso de sinceridad. Y unida á la falta de dinero esta revelación, no debía perderse la esperanza de poder llevar á Francisco á donde su mujer. He aquí por que Ignacio, pensando unas y otras cosas, no lograba hallar reposo...

Más tarde se adormeció y durante toda la noche estuvo con una pesadilla desagradable, de la que sólo salió al despertar, cerca de las diez de la mañana, con la cabeza pesada y el alma dolorida. Se encontraba con pena evocando sus recuerdos de la víspera, cuando un ruido de pasos le hizo incorporarse.

Francisco estaba á su lado, con aquel aspecto de endeble, con aquellos ojos oblicuos, con aquellos movimientos de dejadéz que constituían en él signos de abandono, ante los cuales la experiencia del pintor no podía equivocarse.

—Juana está muy disgustada por lo que pasó ayer—dijo sin ironía,—por que yo no fuí á comer con ella. Y desea que vayas tu á verla. Te acusa de que intentas separarme de ella, y yo pienso que debes marcharte.

—Yo pienso eso mismo, mi pobre Francisco... ¡No la habrá costado mucho engarzar la cadena rota anoche!

Ignacio comprendió desde luego que un nuevo esfuerzo por su parte sería inútil, y miraba con compasión, mezclada de curiosidad, á su amigo, aquel desgraciado á quien de tiempo en tiempo agitaban remordimientos de conciencia. Pensaba el pintor que entre ciertos seres la escasa y blanda personalidad se usa poco, sólo brilla un instante de tarde en tarde con singulares vacilaciones.

—Aquí tienes la lista que me has pedido...—continuó Francisco, como si recitara una lección recién aprendida.—Tú se la darás á María, y mi abogado hará lo demás... ¡Adios, viejo mío, que te vaya bien!

—Adios. Abrázame. Acaso no nos veamos en mucho tiempo.

Levantándose sobre las almohadas Salientés, á quien nada asombraba ya, tendió los brazos hacia su deplorable camarada, y apretó entre ellos un cuerpo consumido, una larva privada hasta de emoción.

Horas después, á mediodía, marchó á la estación, y cuando iba por el paseo del Gran Capitán vió á Francisco y á Juana en una joyería escogiendo un collar: sin duda la prenda de reconciliación. El tenía una actitud humilde, estaba encorvado, triste. Ella parecía engreída, orgullosa y alegre de su victoria.

